

Los goles de Juancho

Margarita Londoño

Ilustraciones de Juanita Sánchez

GRUPO
EDITORIAL
norma

<http://www.norma.com>

Bogotá, Barcelona, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Miami, Panamá, Quito,
San José, San Juan, San Salvador, Santiago de
Chile, Santo Domingo.

Londoño, María Margarita

Los goles de Juancho / Margarita Londoño ; ilustraciones
Juanita Sánchez. — Bogotá : Grupo Editorial Norma, 2004.

112 p. : il. ; 19 cm. — (Torre de papel. Torre azul)

ISBN 958-04-7663-2

1. Cuentos infantiles colombianos 2. Padre e hijos -
Cuentos infantiles I. Sánchez, Juanita, il. II. Tít. III. Serie.
1863.6 cd 19 ed.

AHU8429

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Copyright © Margarita Londoño, 2004

Copyright © Editorial Norma S.A., 2004, para Estados Unidos,
México, Guatemala, Puerto Rico, Costa Rica, Nicaragua, Honduras,
El Salvador, República Dominicana, Panamá, Colombia, Venezuela,
Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Argentina y Chile.
A.A. 53550, Bogotá, Colombia

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso
escrito de la Editorial.

Impreso por Banco de Ideas Publicitarias Ltda.

Impreso en Colombia — *Printed in Colombia*

Septiembre de 2006

Edición: Cristina Puerta

Diagramación y armada, Sonia Rubio

Diseño de cubierta. Catalina Orjuela Laverde

C.C. 11685

ISBN 958-04-7663-2

Contenido

Capítulo 1	
Una pepita de café	7
Capítulo 2	
La culebra del curandero	15
Capítulo 3	
Vida de camionero	25
Capítulo 4	
El gusano de metal	33
Capítulo 5	
El toro bravo de las Corralejas	43
Capítulo 6	
De vaquería	49
Capítulo 7	
La barca de Nacho	57
Capítulo 8	
Juancho aprende a jugar fútbol	65
Capítulo 9	
El corazón del vallenato	69

Capítulo 10

Juancho encuentra al Junior 75

Capítulo 11

Bogotá y más fútbol 79

Capítulo 12

El Paisa López, una promesa nacional 87

Capítulo 13

Juancho encuentra a su papá 95



Capítulo 1

Una pepita de café

Desde que nació Juancho ha viajado en todo tipo de vehículos. El primero fue un morral donde lo colocó la vieja Juana, la partera que ayudó a traerlo al mundo en la mitad de un cafetal. Su mamá, Virginia, se rio al ver al bebecito en el morral y le dijo con cariño:

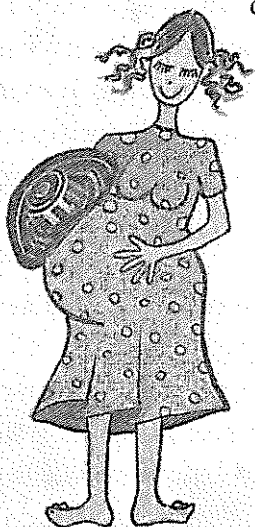
—Usted se llamará Juan José y va a ser un andariego como su papá.

Desde ese día el niño no se llamó Juan José porque todos le dijeron Juancho, y su mamá se encargó de hablarle tanto de su papá que Juancho, sin haberlo visto nunca,

creía conocerlo y hasta se acostumbró a pedirle favores mentalmente como invocando a una especie de ángel de la guarda que lo protegía en todas sus aventuras.

Nueve meses antes del nacimiento, en una de esas fiestas que organizan los recolectores después de la cosecha de café, Virginia había conocido al papá de Juancho, un costeño simpatiquísimo, que viajaba por todo el país trabajando en la recolección de todo tipo de cosechas y que encantaba a las mujeres contándoles historias fantásticas. Dicen que de él Juancho heredó ese don de hablar tanto y echar chistes, con el que se ganaba a todo el mundo.

Poco antes de nacer Juancho, el costeño partió hacia su tierra de la que decían que estaban pagando bien por coger algodón. Virginia le suplicó que la llevara pero él no quiso porque estaba próximo el día del parto y un viaje tan largo resultaba peligroso en esas condiciones de embarazo, sin embargo



el costeño le prometió que apenas pudiera mandaba por ella y el niño.

Pasó el tiempo, y Virginia no volvió a saber nada del costeño, excepto por una postal que le mandó, un año después de su partida, desde una ciudad llamada Barranquilla. En el respaldo de la postal le decía que la quería mucho y que la extrañaba, pero que todavía no podía mandar por ella y le preguntaba si había nacido hombre o mujer. Virginia quedó feliz de saber algo de su hombre y, con la esperanza de volver a verlo, no aceptó coqueteos de ningún otro trabajador, sino que se dedicó a contarle a Juancho historias de su papá. Todas las noches, antes de dormir, abrazaba a su hijo y le hablaba del Costeño. Algunas historias eran inventadas y exageradas porque en ellas el Costeño ganaba todas las riñas, era el mejor en los juegos de cartas y los protegía de todos los males, pero Juancho no se daba cuenta de que eran inventos sino que las creía al pie de la letra, así que poco a poco el Costeño se convirtió en el héroe del niño.

Aunque Juancho nunca había recogido café, podría decirse que era un experto en esto. En los primeros meses de vida Virginia, su madre, lo envolvía en una sábana

vieja y se lo colgaba en el pecho mientras ella iba arrancando, una a una, las pepas rojas del café. Al ritmo de las manos ágiles de su madre Juancho tomaba y soltaba el pecho redondo de Virginia para satisfacer el hambre o a veces solo por entretenerse. Chupar la teta, dejar de chupar y, cuando ya no había nada más que hacer, ponerse a llorar para intentar que Virginia le prestara atención por unos pocos minutos.

El trabajo comenzaba temprano y acababa tarde y, aunque era muy duro, Virginia no se detenía sino dos veces al día, pues ella ganaba según la cantidad de café que recogiera, por eso no podía perder tiempo jugando con Juancho. Cuando por fin se detenía para beber un sorbo de aguade-panela descargaba al niño en el suelo, entonces Juancho movía con toda libertad sus piernitas y se arrastraba feliz por el cafetal. Con el tiempo Juancho pesó tanto que Virginia lo destetó y lo puso definitivamente en el suelo al lado suyo. Entonces podía recoger él mismo pepitas maduras de café para comérselas. A él le encantaba el sabor dulzarrón de las pepas maduras y con ellas entretenía el hambre de las largas horas al lado de su madre. Así que fue ahí, en las montañas del Quindío en medio de la

recolección del café, donde Juancho aprendió a caminar con pasos inseguros por las empinadas faldas de los cafetales que en el invierno se ponían resbalosas como un jabón de barro.

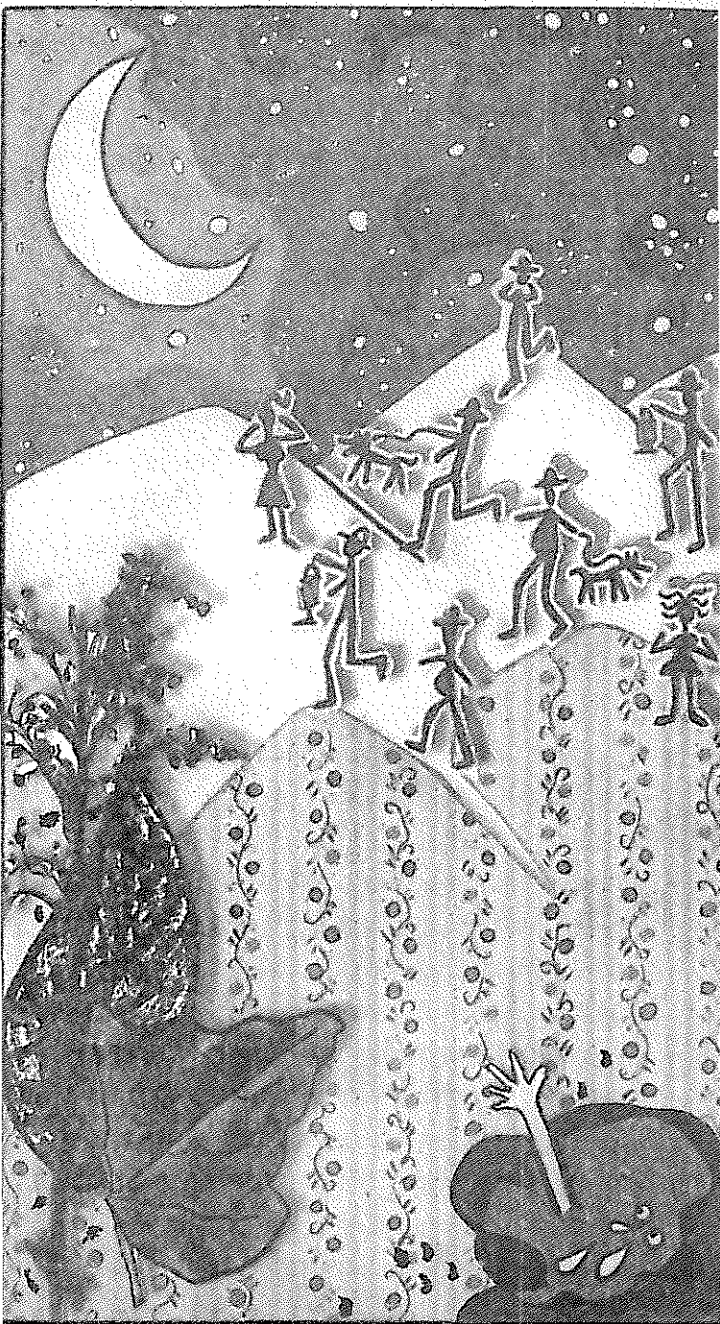
Un día en que la tierra estaba floja por la lluvia, Juancho se aventuró un poco más lejos de donde recolectaba su mamá. De repente perdió el equilibrio y se resbaló loma abajo, rodando sin detenerse hasta caer en un hueco hondo lleno de maleza. Al rodar loma abajo se embarró totalmente y quedó convertido en una bolita de barro a la que solo se le veían un par de ojitos asustados.

Cuando su mamá lo buscó para regresar a la hacienda después del trabajo, nadie sabía de él, ninguno de los recolectores que subían como escarabajos por las lomas del cafetal llevando costalados llenos de pepas rojas lo había vuelto a ver o a oír desde temprano en la mañana. El pánico se apoderó de Virginia que desesperada comenzó a gritar, llamando a Juancho con todas sus fuerzas. Con un grupo de recolectores empezó a buscarlo por todo el inmenso cafetal. Juancho, en medio del hueco, lloraba asustado oyendo los gritos de Virginia pero, como era apenas un bebé, sólo podía contestar con griticos que nadie

escuchaba. Cuando ya estaba oscureciendo, Virginia logró que más recolectores se unieran a la búsqueda de Juancho, llevando lámparas de gasolina para iluminar la noche.

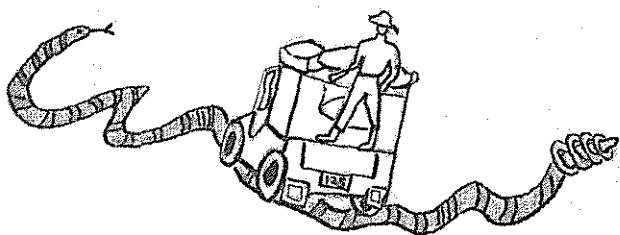
Un perro grandote de la hacienda fue el primero en descubrirlo. Al olerlo desde afuera del hueco el perrote empezó a gruñir furioso y cuando ya estaba cerca del niño se puso a ladrar como una fiera a punto de devorarlo. Juancho parecía un animalito salvaje, todo embarrado. Sus ojitos brillantes apenas asomaban en medio del matorral. Un trabajador lo alumbró con su lámpara, y apenas el perro vio al niño se le abalanzó a morderlo. El recolector alcanzó a detener el perro antes de que lo despedazara, sin embargo ya le había desgarrado una manita con sus dientes. El animal siguió gruñendo y ladrando con furia hasta que Virginia alzó a Juancho del suelo y se lo llevó en sus brazos, corriendo loma arriba hasta la casa del mayordomo donde estuvo a salvo y le curó las heridas. Allí lo dejó muchos meses encerrado mientras decidía qué hacer con él pues temía llevarlo de nuevo al cafetal.

Los meses que estuvo en la casa del mayordomo, recuperándose de los mordiscos del



perro, Juancho escuchaba contar historias de espantos todas las noches. Tanto, que creció convencido de que existían apariciones. La madre monte, una mujer que quería vengar la pérdida de su esposo; la llorona, una loca que había perdido sus hijos; el monje sin cabeza, la patasola y otros monstruos más que cada noche aparecían en la cocina de la hacienda, o en los corrales, en medio de los relatos escalofriantes de los campesinos. Cuando se quedaba solo y el miedo a los espantos era muy grande, Juancho invocaba a su papá como en una oración: "ay papacito, ayúdeme".

Cada noche, cuando Virginia regresaba del trabajo, Juancho le pedía que le hablara de su papá el Costeño; entonces el susto de los espantos desaparecía, Juancho se trepaba a una silla, y enroscado en una ruanita que le habían regalado los señores de la hacienda, se quedaba dormido escuchando la voz de su mamá y su música, la que Virginia oía en un radio viejo de pilas y que tanto le gustaba a ella, "la del despecho mijo, esa pa'l alma". Esas noches Juancho soñaba con su papá; lo imaginaba un hombre fuerte, grandote, que se enfrentaba a los monstruos de la oscuridad para defenderlo a él.



Capítulo 2

La culebra del curandero

A los cinco años, Anselmo, un amigo de Virginia que recorría los pueblos vendiendo remedios, invitó a Juancho a que lo acompañara en un viaje. Virginia lo dejó ir porque ella estaba muy ocupada trabajando y creía que el muchacho necesitaba un verdadero papá que lo educara como un hombre. No quería que siguiera viviendo sólo entre mujeres.

Se montaron en un jepao (campero viejo, marca Willis, muy típico de la zona cafetera) y llegaron al pueblito donde Anselmo tenía su casa y preparaba sus menjurjes.

Juancho le ayudó a recoger yerbas y a preparar mezclas de raíces, flores y colorantes que olían a perfume y alcohol.

Después de unos días, Anselmo empacó todos sus frascos y pomadas en una maleta negra, vistió a Juancho de diablito y se lo llevó de pueblo en pueblo vendiendo remedios, ungüentos, cremas rejuvenecedoras y, sobre todo, el tratamiento para espantar la mala suerte y el mal de ojo.

Anselmo era un culebrero, como les dicen en esta región a los que curan con yerbas y rezos y llevan siempre con ellos una culebra para aprovechar los poderes mágicos que los campesinos les atribuyen a las serpientes. La gente lo quería aunque él no tenía una culebra como los otros curanderos. A cambio

de culebra llevaba a Juancho vestido de diablito para



atraer la atención y resultaba tan simpático que con él vendía bien sus frascos de menjurjes.

—¿Y por qué no conseguimos una culebra? —preguntó Juancho cierto día después de escuchar las historias de otro culebrero a quien consideraban el mejor de toda la zona cafetera—. Si quiere yo me la levanto, yo sé dónde se meten las cazadoras.

—Ay mijo, le respondió Anselmo, necesitamos una víbora que asuste a la gente, que tenga veneno de verdad, pero yo les tengo mucho miedo.

Desde ese día acordaron andar con una caja amarrada con cabuya y decir que allí llevaban a Margarita, la culebra más venenosa de todos los cafetales, pero que no podían abrir la caja porque si a la culebra le daba el sol perdía todos sus poderes curativos.

Juancho se ingenió un truco que consistía en meter la mano en la caja, donde tenía unas cuantas avispas y un líquido rojo que parecía sangre. Claro, las avispas lo picaban, entonces sacaba la mano untada de rojo, toda hinchada y dando alaridos de dolor. Después se retorció en el suelo, sudando y quejándose, hasta que Anselmo le aplicaba un ungüento que le calmaba el

dolor, mientras la gente lo miraba aterrada pensando que de verdad lo había picado una culebra venenosa. Con este truco vendieron muchos remedios y Juancho se ganó sus primeros pesos.

18 Largo tiempo anduvo Juancho detrás del culebrero, hasta que cierto día en un pueblo alguien les exigió que dejaran ver la culebra. Como Anselmo se resistió, un campesino incrédulo y borracho le arrebató la caja y la abrió de par en par. El frasco con la tintura roja cayó al suelo y las avispas picaron a unos cuantos espectadores. Entonces la gente enfurecida los agarró a piedras. Anselmo y Juancho tuvieron que salir a las carreras a esconderse en el monte para protegerse de la chusma que los perseguía exigiéndoles devolver todo el dinero.

Se quedaron varios días escondidos en el bosque, durmiendo a la intemperie. Una noche Juancho decidió ayudarle de verdad a Anselmo a conseguir una culebra. Antes de salir invocó a su papá, el Costeño: "Papacito ayúdeme", y sin hacer ruido cogió el costal que le servía de almohada y se fue en busca de una víbora verdadera.

Era una noche de luna llena en la que todo brillaba y las sombras de los árboles parecían gigantescos fantasmas. Chillidos,

croacs, bujujús, cruís, los sonidos del monte le recordaban los espantos de la hacienda y le hacían sentir un frío de miedo en la espalda, pero Juancho era valiente y estaba convencido de que con la protección de su papá nada le pasaría. Para calmarse respiró profundo, apretó el costal bajo el brazo y siguió su marcha buscando una quebradita, pues según su madre las culebras se acercan de noche a los ríos.

Cuando llegó al riachuelo, se metió en el agua hasta el tobillo sin hacer ruido, moviéndose lentamente por la orilla. De repente, al otro lado del charco vio una especie de rayo sigiloso, una cinta brillante que se le vino encima moviéndose rapidísimo por el agua. Era la víbora que buscaba, pero lo iba a picar. Juancho alcanzó a retroceder unos pasos, hasta que tropezó con una piedra y se cayó. En medio del agua la culebra se le abalanzó y lo mordió en la pantorrilla. Juancho, a pesar del susto, reaccionó y con el costal alcanzó a agarrar a la víbora. Entonces sintió un dolor como nunca había sentido, una punzada intensa que le encalambró toda la pierna y lo hizo gritar con todas sus fuerzas.

Anselmo se despertó asustado.

—¿Qué pasa? Juancho, muchachito,

¿dónde está? ¡Juanchoooooo! /

20 Anselmo gritó con desespero pero nadie le respondió, entonces empezó a sudar frío por la angustia de no saber qué había pasado. Estaba seguro de haber oído un grito de Juancho en medio de los ruidos de la noche. Salió corriendo sin saber hacia dónde coger, pero llamando a gritos a su compañerito de aventuras.

En medio de la quebrada el dolor tenía casi desmayado a Juancho, que sólo susurraba una especie de oración a su papá: "Papacito, ayúdeme... papacito...". Cuando alcanzó a escuchar la voz de Anselmo se reanimó un poco y, seguro de que su papá, el Costeño, lo iba a ayudar, sacó fuerzas para responder.

—Aquí estoy, aquí estoy, Anselmoooo.

Anselmo lo encontró todo mojado, tiritando de frío y de dolor. Se lo cargó en la espalda y, cuando ya se iban, Juancho le suplicó que no dejaran la culebra.

Varias horas caminó Anselmo cargando a Juancho en espalda y en la otra mano los chécheres junto con la culebra que metió en la vieja maleta. Al amanecer llegaron hasta un pueblito que tenía un puesto de salud donde atendieron a Juancho. La pierna estaba hinchada y morada. El niño



prácticamente no reconocía a nadie, sólo hablaba de su padre en medio de la fiebre que lo hacía delirar, tenía el corazón acelerado por efecto del veneno, sudaba muchísimo y le costaba trabajo respirar. Primero le curaron la mordedura para evitar que la pierna se le gangrenara por la herida, después le aplicaron el suero antiofídico y finalmente trajeron al cura del pueblo para que rezara por el niño que se estaba muriendo. Virginia llegó al día siguiente, se había enterado por una llamada de Anselmo que le pidió que viajara lo más pronto posible. Ella cogió el primer bus de escalera que pasó y después de 4 horas de viaje, por un camino polvoriento y lleno de huecos, entró como una estampida a la piecita oscura donde Juancho se encontraba recostado en un catre viejo. El corazón se le detuvo al verlo todo pálido, sudoroso y hablando solo a los gritos como en trance; se arrodilló a su lado, cogiendo la mano del niño que temblaba por la fiebre, y empezó a rezar en silencio, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Juanchito, mi niño, perdóneme por dejarlo solo —dijo Virginia, llorando con desespero.

Pero Juancho no la oía, llamaba a su papá

delirando: —Costeño, Costeño, me picó la culebra, venga por mí, Costeño... —repetía el niño con los ojos abiertos como de sonámbulo.

Virginia sintió que la vida de su niño se le iba de las manos y con desespero lo sacudió para despertarlo, después le lavó la cara con agua fresca para bajarle la fiebre y cuando ya lo notó un poco mejor, sacó del bolsillo un sobre ya muy arrugado de tanto cargarlo y empezó a leerle a Juancho una carta del costeño.

“Querida Virginia: Recibí su carta donde me cuenta que ya nació el niño de los dos. Por ahora no puedo mandarle plata porque no tengo empleo fijo todavía, pero no se preocupe que yo le ayudo cuando pueda. Desde que estoy por aquí en mi tierra, me siento solo y la necesito. Puede ser que dentro de un tiempo tenga cómo mandarla traer a usted y al niño. ¿Cómo está y cómo se llama? ¿Por qué no me manda una foto de los dos? Dígale cuando esté más grandecito que el Costeño es su papá y que lo voy a conocer un día de estos para enseñarle a ser bien hombre y a que la cuide. No puedo darle otra dirección para que me conteste porque estoy viajando por varias fincas haciendo trabajos temporales.

Claro que si quiere dejarme alguna razón me puede llamar a donde el compadre Chepe en el pailón, el teléfono es...”.

Juancho escuchó la carta emocionado y los colores le fueron volviendo a la cara. —Me va a enseñar a ser hombre, ¿oíste Virginia?

24

—Sí, sí, miijo —le contesto Virginia y se puso a llorar. En medio de las lágrimas le prometió que si se mejoraba irían a buscar a su papá a la Costa.

Pasaron varios días entre la fiebre y el dolor, pero poco a poco el antídoto que le aplicaron y la ilusión de encontrar al Costeño fueron mejorando a Juancho, hasta que un buen día se tiró de la cama y comenzó a saltar sobre la pierna de la picadura.

—Mirá, Virginia, ya no me duele para nada, ya me mejoré, nos podemos ir.



Capítulo 3

Vida de camionero

Varios meses después, cuando Juancho se recuperó del todo y pudo caminar bien, Anselmo los montó en una Chiva (esos buses llenos de colores y abiertos por todas partes que existen en las veredas del sur-occidente colombiano), y le regaló a Juancho un morralito lleno de frutas para el camino. Juancho sentía tristeza de dejarlo, pero al mismo tiempo estaba feliz de irse con su mamá a buscar al Costeño. Antes de partir le hizo jurar a Anselmo que seguiría con la culebra y que, de verdad, se propondría aprender a curar sus mordeduras.

Desde ese día Anselmo es el culebrero más famoso en la región del Quindío; dicen que es el único que puede curar en sólo dos horas las picaduras de una talla equis, que es como se conoce esa serpiente en la zona.

En la ciudad de Cartago, Virginia y Juancho cambiaron de transporte y se montaron en un viejo camión que llevaba mercancías de pueblo en pueblo, desde el interior en la llamada zona cafetera hasta la costa norte de Colombia. El dueño del camión, un hombre apodado Barriga, les permitió viajar entre la carga, donde había una hamaca que colgaba de los fierros de la carpa. Allí se metió Juancho desde el primer día y viajó feliz bamboleándose al ritmo de las vueltas de la carretera.

El camión de Barriga era tan viejo que de cuando en cuando hacía unos ruidos extraños, tosía por el esfuerzo de subir las montañas antioqueñas y después de un sonoro ¡PUFF! se detenía. Así que el viaje se hizo más largo de lo que tenían pensado. Afortunadamente paraban en las chorreras del camino a refrescarse con el agua cristalina de la montaña. Allí Juancho se daba la gran vida metiéndose debajo de las cascadas y cogiendo moritas silvestres para comer después en el camino.

Durante las múltiples varadas, Juancho en par segundos y con una habilidad de miquito se subía al capó del camión, antes que el mismo Mosco, ayudante de Barriga el camionero, para tratar de abrir la tapa del motor. Pero como Juanchitín (así lo llamaban) no tenía suficiente fuerza para levantar tanto peso, el Mosco, burlándose de sus pretensiones, lo quitaba con un empujón y se ponía él a arreglar el motor recalentado.

27

Un día los cogió la noche en el camino. Estaban subiendo por un camino estrecho y solitario, cuando de repente dos asaltantes se colocaron frente al camión para hacerlo detenerse. Los ladrones bajaron a Barriga, al Mosco y a Virginia a empujones y los amarraron uno contra el otro a la orilla del camino, pero no se dieron cuenta de que Juancho estaba metido dentro de la hamaca.

Sin hacer ruido Juancho se bajó por un hueco de la carpa y se escondió subiéndose a un árbol. Los asaltantes se pusieron a discutir si se llevaban el camión con todo o si sólo se llevaban la carga. Cuando decidieron llevarse el camión, uno de ellos intentó encender el motor, pero el viejo camioncito no respondió. Vibró, tosió y con



un ¡PUFF! dejó de funcionar. El bandido furioso trató mal a Barriga, pero no le quedó más remedio que buscar otra solución porque esta vez ni Barriga logró hacerlo funcionar. No podían quedarse allí mucho tiempo porque corrían peligro de que los descubrieran. Decidieron que uno se quedaba cuidando la carga y el otro iba a traer en qué llevársela. Mientras tanto Juancho invocaba al Costeño para que le diera valor: "Papacito, ayúdenos!". Cuando el



bandido se quedó solo, Juancho desde lo alto del árbol comenzó a hacer un extraño ruido imitando el aullido de un espanto, tal como le habían dicho que hacía el Monje Sin-Cabeza, uno de los tantos fantasmas de su niñez. Movía las ramas y aullaba.

El asaltante se puso muy nervioso. —¿Qué es eso? —preguntó a Barriga con voz temblorosa.

—No sé, será un lobo —dijo el chofer.

En cambio el Mosco aseguro que “eso” era una aparición, un muerto que debía andar en pena por ahí.

—En estos sitios han matado a muchos y esos muertos no se quedan en paz en sus tumbas —remató el Mosco con un tono de voz que producía miedo,

—Eso nos pasa por meternos en esta zona —aseguró el asaltante cada vez más asustado.

Entonces Juancho bramó como una vaca brava y sacudió violentamente el árbol.

—¡Mamáááá! —gritó el ladrón que era medio tonto y salió corriendo loma abajo, abandonando todo: carga, armas y prisioneros.

Juancho no perdió tiempo, se tiró del árbol y los desamarró. Como pudieron, prendieron

el camión a empujones y emprendieron la huida hasta el pueblo más cercano, sin atreverse a hablar del susto. Cuando llegaron, Barriga empezó a reírse al acordarse del susto del bandido; al principio se rió pasito, pero entre más se acordaba más risa le daba; luego no pudo parar de reírse a carcajadas, tanto que los contagió a todos y terminaron sentados en el parque del pueblo llorando de la risa.

Dicen que al otro día vieron al ladrón como un loquito recorriendo el camino y contándole a todos los que encontraba que se le había aparecido un espanto. Desde ese día ese recodo del camino se conoce como la curva del muerto.

Gracias al valor de Juacho, Barriga el camionero salvó la mercancía que llevaba y por esto decidió premiar al chico regalándole el costo del resto del viaje y la comida del camino.

Desde la hamaca del camión Juacho vio pasar muchos pueblitos llenos de casas de colores construidas en el pico de una loma. Después llegaron a los caseríos calurosos al lado de un río embravecido llamado el Cauca. Era el mismo río que había conocido calmado y ancho en el valle del Risaralda y ahora, acorralado entre dos montañas, parecía una

fiera rugiente, encrespado de olas y remolinos que se formaban al chocar contra piedras gigantescas.

En este trayecto, por la margen izquierda del río Cauca, se toparon con una fila enorme de carros a lado y lado de la vía. Barriga apagó el motor y se bajó resignado: —Es un derrumbe y parece que de los largos, así que bájense todos y a esperar con paciencia.

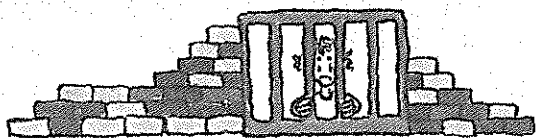
Para distraerse, Juancho se puso a jugar con las hormigas a la orilla del río. Las hacía subir en una hoja seca y las tiraba al agua para verlas alejarse arrastradas por las aguas. Se imaginaba que emprendían un viaje más rápido que el suyo en un extraño barco sin velas y sin motor, hacia el mar, hasta la Costa donde estaba su papá.

Estaba entretenido en estos juegos cuando oyó el ruido ronco de un nuevo derrumbe. Tierra, barro, rocas y árboles se veían venir loma abajo en medio de una estampida de gente, que corría aterrorizada tratando de escapar del derrumbe. La montaña parecía venirse encima de ellos, llevándose a su paso todo: carros, árboles, rocas y parte de la carretera. Virginia levantó a Juancho de un tirón y, con él en los hombros, corrió en medio de la multitud hacia la parte más alta de la carretera.

—¡Barriigaaa! Por Dios, no me deje —gritó Virginia desesperada, sintiendo que el barro le pisaba los talones y que sus fuerzas no le alcanzaban para salvarse, pero el camionero ya iba demasiado lejos para oírla. Juancho se le soltó como pudo y echó a correr loma arriba. Ya sin el peso del niño, Virginia recuperó el aliento y logró escapar de la avalancha.

Cuando el derrumbe se detuvo, quedó una masa oscura de fango tapando casas y carros. La gente no podía creerlo, muchos perdieron todo, pero afortunadamente salvaron la vida. El camioncito de Barriga fue uno de los que se salvó, aunque quedó semitapado por el barro.

Tuvieron que esperar hasta el otro día, cuando llegó ayuda del gobierno. Los ingenieros revisaron la montaña y después de medio día comenzaron a trabajar en la retirada de la avalancha. Juancho, el Mosco y Barriga se ofrecieron para echar pala y mover rocas, mientras Virginia se encargaba de limpiar el camioncito. Fueron dos días difíciles hasta que se logró abrir el camino. Entonces Barriga los montó a todos a la carrera y les dijo: —Vámonos, antes de que se vuelva a venir esta loma.



Capítulo 4

El gusano de metal

Así, por fin después de varios días de viaje llegaron a Medellín. Era la primera gran ciudad que Juancho veía en su vida. Lo descrestaron los enormes edificios, las avenidas repletas de carros, pero sobre todo un gran gusano de metal que parecía volar por encima de las calles.

—Es el metro —gritó desde la cabina el Mosco, orgulloso pues ya había montado en él en el viaje anterior.

Cuando se detuvieron a desayunar y a lavar el camión que todavía tenía barro por todas partes, Juancho le propuso al Mosco

que lo acompañara a montar en el metro. Mientras Barriga hacía una siesta para pasar el cansancio del derrumbe y Virginia lavaba la ropa embarrada de los cuatro, Juancho y el Mosco se escaparon a conocer esa maravilla que viajaba encima de sus cabezas. \

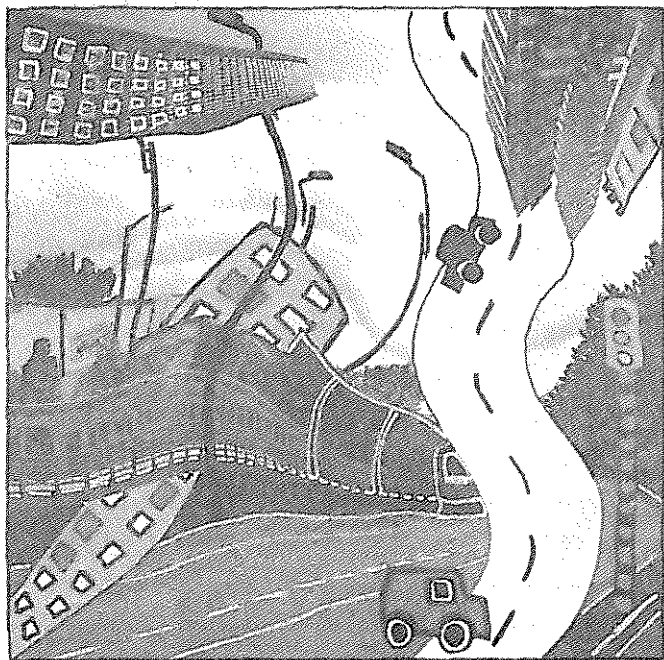


Desde las ventanas del metro el mundo parecía una gigantesca montaña rusa. Las calles y los edificios pasaban por la ventana del tren con una velocidad simétrica, que mantenía la nariz de Juancho pegada al vidrio, tratando de contar postes o vías sin que le alcanzaran los números para hacerlo.

—La ciudad es lo máximo, Juanchín —le decía el Mosco—, pero tenés que tener mucho billete para gozártela.

El niño no respondía, su fascinación lo tenía mudo. Le parecía que había conquistado el mundo. Su imaginación lo llevó a las galaxias de los programas de televisión, donde unos héroes viajaban en naves espaciales y se enfrentaban con extraterrestres de todos los colores. Así pasaron las horas sin que ellos se dieran cuenta.

Juancho y el Mosco recorrieron todas las paradas del metro, bajando y subiendo escaleras; atravesaron Medellín varias veces, jugando a pasar de un coche a otro



cuando se detenía en las estaciones y a esconderse entre las sillas, disparando pistolas imaginarias en medio de la mirada divertida de los pasajeros que ya se están acostumbrando a ver el deslumbramiento de los montañeros que llegan a Medellín solamente a montar en ese monstruo de metal.

Mientras ellos se terminaban de aprender los nombres de todas las paradas de tanto pasar y pasar por cada estación, Virginia y

Barriga se percataron de la ausencia de los muchachos y entraron en pánico. Nadie en la gasolinera en que estaban limpiando el camión los había visto; era como si se hubieran esfumado.

—Esperemos a ver si aparecen, propuso Barriga. No deben de andar lejos; a lo mejor están por ahí comprando una gaseosa.

Sin embargo pasaron las horas, y cuando comenzaba a oscurecer la impaciencia de Virginia se hizo mayor. —¡Ay!, don Barriga, ¿qué hacemos? ¿Y si le ha pasado algo a mi muchacho?

—Pues no es por alarmarla, mi señora, pero la ciudad es una trampa —le dijo el camionero—. Aquí cualquier cosa puede sucederles, no es como en los pueblos que usted conoce.

Decidieron entonces buscarlos en las estaciones de policía, y así se recorrieron estación por estación preguntando por los muchachos. ¿Qué les habría pasado?

Pues muy sencillo, el Mosco y Juancho se habían bajado del metro a aventurar por las calles de Medellín y claro, como no conocían la ciudad, se perdieron. Los cogió la noche por ahí en el centro, pero como ya no tenían plata y el cansancio era mucho, tuvieron que acostarse en una banca

y taparse con periódicos viejos que encontraron en la basura.

—Vamos a dormir alguito, Juancho. Tenemos que reponernos para caminar hasta donde dejamos a Barriga y a tu vieja.

—¿Y usted sabe dónde queda eso? —preguntó Juancho con la voz temblorosa de angustia y las lágrimas asomándose en los ojos.

—Ya veremos Juancho, ya veremos. Lo que sí le digo es que perdidos no nos vamos a quedar toda la vida. ¡Duérmase tranquilo que el Mosco de esta lo saca! —contestó el ayudante del camionero, queriendo aparentar una seguridad que no tenía porque él tampoco sabía dónde estaban.

—Lo importante es que al Barriga no le vaya a dar por acelerarse y nos deje tirados aquí en Medellín.

—Nooo —gimió desalentado Juancho—, mi mamá no me abandona nunca.

—Tranquilo viejo, que era no más por decir, pues el Barriga tampoco me ha abandonado nunca —con un golpe amable en la cabeza del chico, el Mosco lo hizo acostarse a las malas sobre la banca del parque y le pasó un periódico para que se cubriera.

Cerca de donde dormían Juancho y el Mosco, un grupo de jóvenes pandilleros

planeaban un atraco a un barcito de mala muerte donde quedaban a esas horas algunos pocos borrachos hablando con sus palabras arrastradas por el licor. Los asaltantes eran tres jovenzuelos a los que se les notaba la inexperiencia por los escasos años que llevaban encima y por sus armas hechizas con punzones amarrados a pedazos de palos de escoba en forma de puñales.

Cuando los pandilleros se decidieron al fin a entrar, apercollaron a uno de los clientes del bar y colocaron a los otros contra la pared mientras desocupaban de la vieja caja registradora las escasas utilidades de un día de semana en que muy pocos se aventuraban a beber y a escuchar tangos. Uno de los borrachitos se rebeló y logró agarrar por las muñecas a uno de los muchachos y ahí se armó tremenda gresca. Animados por el valor del cliente, los dueños del establecimiento reaccionaron para defenderse. La señora, una gorda malhablada que atendía el bar, le quebró una botella de aguardiente en la cabeza al más niño de los asaltantes, y al que había caído en manos del borrachito le tocó recibir varios porrazos y patadas del dueño del bar, un flaco malencarado que desquitó la rabia de su cobardía con el joven pandillero.

El tercero de los asaltantes alcanzó a huir con algo de plata en una mochila mugrosa colgada al cuello, pero lo siguió la gritería de todos. —Cójanlo, cójanlo, ladrón. ¡Policía, muévase!

El ladronzuelo se metió al parque donde dormían el Mosco y Juancho. Para librarse de la persecución tiró el chuzo y el bojote de dinero a los pies de Juancho que dormido sólo se dio cuenta de que algo pasaba cuando un policía lo sacudió furioso.

—A ver, sinvergüenza, ¿qué es esto? —le dijo, agarrándolo por la camisa y mostrándole el arma que el delincuente había abandonado.

El Mosco también se levantó por la algarabía y de inmediato fue a defender a su amigo, con tan mala suerte que también quedó involucrado en la investigación. Como no tenían ninguna identificación, los montaron en un camión junto con los porrioseros y hampones que estaban recogiendo de los alrededores, no sin antes pasar por el bar donde el borrachito y los dueños del establecimiento tenían amarrados ya a los otros dos pandilleros, que por supuesto también fueron a parar al camión, quejándose de los golpes y maltratos que habían recibido.

Así que Juancho y el Mosco terminaron la noche en la estación de policía, y Virginia y Barriga la pasaron buscándolos por toda la ciudad.

40 Al amanecer los encontraron. Juancho estaba en medio de un grupo de jóvenes pandilleros, contándoles historias de su viaje. Su simpatía se los había ganado a todos, aun a los mismos asaltantes que los habían metido en semejante lío. Cuando Barriga y Virginia llegaron a la estación, el inspector estaba interrogándolos a todos y dudaba mucho en creer el cuento de la inocencia del Mosco y Juancho, pero como los pilluelos del asalto aseguraban que no eran sus *panas* y que no los conocían, cuando oyó al camionero y a Virginia y vio los papeles de identidad del Mosco no tuvo más remedio que dejarlos en libertad. Pero de lo que no se libró Juancho fue de su mamá. Virginia lo sacó de allí a pellizcos, en medio de las risas y burlas de todos los detenidos. El Mosco recibió también un par de coscorrones de Virginia, que no le perdonaba el haber metido a su muchacho en semejante antro.

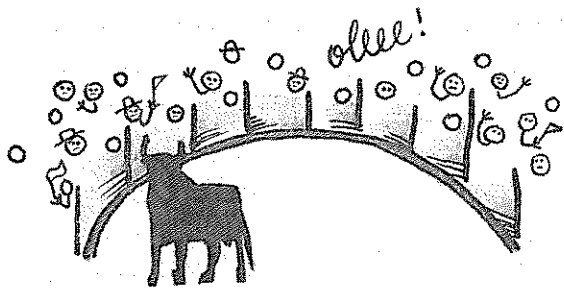
—Ay, ayayay doña Virgi, si ese mocoso tiene que aprender de la vida. Yo no le hice

nada, no más nos perdimos por andar en el gusano ese que le dicen Metro.

Barriga que era más bien bonachón y había aprendido a ser paciente a fuerza de resistir las varadas de su camioncito, se rio con ganas de los dos pandilleros aficionados.

—Tranquila, doña, que este par no es capaz de robársele ni una hora al día de descanso, mucho menos se van a graduar de ladroncitos vagabundos. Pa'eso se necesita ser malo y el Mosco es más bueno que el pan y la arepa. Y vos, Juanchitín, quedás mejor de policía que de pandillero. Espantaste ladrones y ahora los ladrones te espantan a vos, ¡ja, ja!

Y así, riéndose a carcajadas de los muchachos, los montó en el camioncito de un empujón.



Capítulo 5

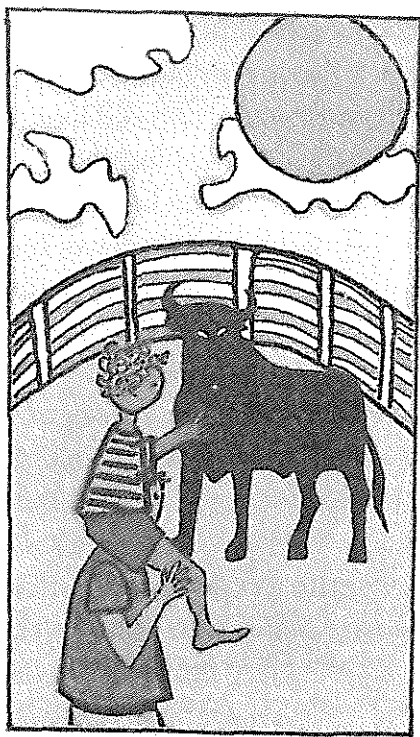
El toro bravo de las Corralejas.

Al otro día partieron, y después de un largo viaje el camioncito llegó a Sincelejo, un pueblo grande, caliente y alegre, donde la gente habla con un acento parecido al del costeño papá de Juancho. Por esta razón Virginia decidió quedarse allí para empezar a buscarlo. Metió sus cositas en un talego de tela, le puso ropa limpia a Juancho y se despidió agradecida de Barriga y del Mosco. “Aquí es mijo, aquí podemos encontrar a su papá”.

Era un 20 de enero, el día de las fiestas locales llamadas “Corralejas”, y Sincelejo

entero estaba de parranda. Todo el mundo se amontonaba alrededor de la plaza de toros, una construcción hecha de tablones y guadua, que parecía reventar de gente por todos los rincones. Los muchachos, para no pagar la boleta de entrada, se trepaban por las paredes de la plaza, que de tanto peso y de tan mal construida que estaba se bamboleaba en forma peligrosa, a punto de caerse.

La diversión adentro consistía en sacar al ruedo unos enormes toros de raza cebú para que cientos de jóvenes se les enfrentaran dispuestos a recibir patadas y cornadas de las bestias. En medio de la algarabía, Juancho se perdió de su mamá. Él también se había trepado por la pared de tablas para no pagar entrada y había llegado hasta el primer nivel cerca del ruedo. Un señor gordote y borracho vio el entusiasmo de Juancho y apostó con su vecino a que ese muchachito era capaz de enfrentársele a un toro. Otro borrachito le contestó la apuesta diciendo que ese niño era tan flaco que el toro lo desbarataría con solo bufarle. Entre los dos en medio de una carcajada lo alzaron por los brazos y lo lanzaron a la arena.



¡Jujuuuy! Fue el grito con que lo recibió un joven campesino que lo vio caer. De inmediato lo levantó y lo colocó sobre sus hombros, luego le pasó su sombrero y le ordenó: —Torea, Chico, toreá que nos vamos a llenar de plata.

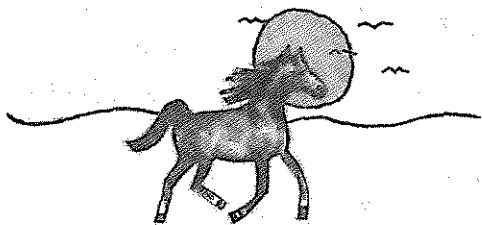
Desde arriba de los hombros del muchacho, los toros no se veían tan grandes, así que Juancho se llenó de valor y comenzó a torear: —¡Jaaaa! Toro, E ave María pues, ¿qué les pasa? Embistan, pues —gritaba

Juancho emocionado. Varios toros se les lanzaron, y Joselito, como se llamaba el joven campesino, los evadió con mucha agilidad y la gracia de un bailarín.

Muy pronto el público notó esta extraña pareja y empezó a corear sus hazañas: ¡Oleee! ¡Bravooo! Sólo Virginia gritó de pánico cuando, por fin, descubrió donde andaba Juancho. Sin pensarlo se lanzó al ruedo a rescatarlo, pero ya era tarde; un torote colorado se les vino encima, bufando como una locomotora. Arrolló por la espalda a Joselito y los lanzó por los aires a los dos. El grito del público fue unánime.

Juancho se sintió como un costal de papas al caer en el piso en medio de las patas del toro. Desde el suelo, vio como la bestia con una cornamenta enorme arremetía contra el muchacho que lo había cargado en sus hombros. Un cuerno se metió en la correa del pantalón de Joselito, y el toro lo levantó sacudiéndolo en el aire como a un muñeco de trapo. Juancho en cuatro patas y repitiendo "¡Papacito, ayúdeme!", se escurrió como pudo hasta las tablas, mientras los demás jóvenes trataban de salvar a Joselito de los cachos del toro, cogiendo a la bestia por la cola y los cuernos.

Joselito y Juancho fueron a parar a la clínica. El primero con varias costillas rotas y Juancho con media cara raspada por el aterrizaje forzoso. Los señores que aventaron a Juancho al ruedo le dieron una recompensa por su valentía y pagaron los gastos de la clínica; en cambio, Virginia le dio una tremenda paliza a Juancho, una vez estuvo segura de que ya no corría ningún peligro.



Capítulo 6

De vaquería

Desde ese día Juancho se volvió amigo de Joselito, un muchachote de 17 años, bastante avispado y gozador, que vivía con su familia en los predios de una gran hacienda ganadera, en la que su papá trabajaba como vaquero y gozaba de la confianza del patrón. Joselito invitó a Juancho y a su mamá a quedarse unos días en su casa mientras conseguían un trabajo y un sitio donde vivir.

Allí Juancho aprendió a montar a caballo y en burro. Claro que le gustaba más el caballo, pero esto sólo podía hacerlo cuando

el patrón les ordenaba ir a recoger unos novillos para llevarlos a los corrales a vacunarlos, marcarlos o pesarlos. Esto era muy divertido. El resto del tiempo tenían que andar trepados en los burritos pequeños, con sus piernas cruzadas encima de la anagrilla y golpeándolos con una rama seca para hacerlos andar.

Juancho pronto se volvió experto en bestias. Tanto que el patrón decidió darles trabajo a Virginia y a él. Ella ayudando a cocinar para los peones, y Juancho cuidando los caballos finos del patrón. Tenía que bañarlos, cepillarlos y darles de comer en la pesebrera. Juancho, que era todavía muy pequeño, no alcanzaba. Por eso se ingenió un banquillo de madera para encaramarse y alcanzar a sobar el lomo de los caballos.

Un día Juancho decidió que además de cepillarlos iba a montar en el caballo más fino del patrón. Planeó todo muy bien, él sabía qué días venía el patrón a la finca y qué días el papá de Joselito salía a Sincelejo a hacer compras; así que estuvo preparado para el siguiente jueves, cuando todos los demás peones habían salido a los potreros. Entonces se fue a las pesebreras, y como pudo ensilló el mejor caballo, un zaino reproductor que era el orgullo de don James, el patrón, pues

había ganado varios galardones en las ferias de todo el país.

En la pesebrera, el caballo se comportaba con tranquilidad; estaba acostumbrado a Juancho, pero tan pronto lo montó y le abrió la portezuela, Capitán, que así se llamaba el caballo, pegó un brinco de alegría y se disparó hacia el potrero más cercano. Juancho rebotaba, cogiéndose con las dos manitas de la cabeza de la silla. Capitán no obedecía a nada, desbocado y enloquecido por la libertad; los gritos de Juancho no conseguían más que azuzarlo para que corriera con más violencia.



Al final del potrero había una zanja donde estaban construyendo un reservorio de agua para riego. Capitán corría como un huracán hacia allá, las riendas sueltas, espuma en los ijares, resoplando con fuerza por la nariz y con Juancho aferrado a su crin envuelto en una polvareda levantada por las patas del animal. 7

Los gritos de Juancho habían alarmado a todos los peones de la hacienda. El alboroto alertó también a Virginia, que sin saber de qué se trataba se asomó curiosa por la ventana de la cocina y con dificultad, en medio de la polvareda, fue descubriendo qué pasaba. Entonces salió corriendo detrás de todos, tratando inútilmente de alcanzar al caballo en su loca carrera. Joselito se montó a pelo en un potro viejo de carga que estaba en el corral y salió también disparado hacia el potrero.

Sacudido por la carrera de Capitán, Juancho lloraba y le gritaba suplicándole al animal que parara hasta que se dio cuenta de que se acercaban a toda marcha al hueco. Entonces tomó la decisión de tirarse del caballo. Era su única salvación. Invocando como siempre la ayuda de su papá, Juancho se lanzó con fuerza hacia los matorrales. Rodó varios metros, arañándose con el

pastizal, pero logró escapar de la caída al hueco. Capitán, sin embargo, no tuvo la misma suerte. Fue a parar al fondo del lago seco, partiéndose una de sus patas.

El primero en llegar al sitio del accidente fue Joselito, seguido por Virginia y los otros peones que estaban en la hacienda. Virginia recogió a Juancho que se había golpeado la cabeza con una piedra y no paraba de sangrar. Pero Juancho se le escapó de las manos y corrió hasta el hueco a ver qué le había pasado a Capitán. El pobre caballo sin poder levantarse relinchaba de dolor. Juancho se le abrazó al cuello llorando y culpándose por lo que había pasado. Tuvieron que arrancarlo de allí y llevarlo por fuerza a la casa de la hacienda.

El patrón llegó por la tarde y decidió que había que sacrificar a Capitán para que no sufriera más. A Juancho y a su mamá les dijo que no los quería ver en la hacienda y les dio un día para marcharse.

Al día siguiente dejaron la hacienda con tristeza; Juancho con una herida en la cabeza y varios rayones en la cara y Virginia con rabia pero decidida a seguir adelante en la vida y en la búsqueda del Costeño.

Pocos días después, Joselito llegó hasta Sincelejo buscando a Juancho y a Virginia.

Traía la cara radiante de ilusión. Les contó que arriba en el César había una bonanza algodонера y que pagaban muy bien a los recogedores de algodón. Les propuso irse con él a buscar fortuna en la tierra fértil del Valle de Upar donde cantan los yallénatos más lindos y nostálgicos de toda la costa.

54

A Virginia le sonó la propuesta pues así podría seguir buscando al padre de Juancho, el costeño aquel que le había prometido volver a buscarla y darle el apellido al niño. Decidieron entonces irse a las tierras algodonerías y de paso visitar a los abuelos de Joselito que vivían en Tolú, un pueblo de pescadores a la orilla del mar, al norte de Sincelejo.

—Te voy a presentar el mar, Juancho, pa'que te animes y dejes de pensar en lo que le pasó al caballo ese.

Cuando Juancho oyó hablar del mar se entusiasmó. ¡Ah! Él seguía soñando con el mar, sin conseguir imaginarlo muy bien. En la mente del niño el mar era como una gran laguna, así que cuando al día siguiente, montados en una carretilla jalada por un burrito, pasaron cerca de una ciénaga, Juancho empezó a gritar.

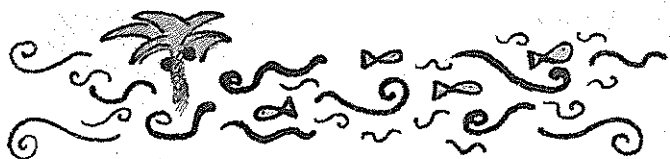
—¡Mamá, mamá, mire, llegamos al mar, qué lindo!

—¡Eso que va a sé el mar, hombre! El mar está lejos todavía —dijo Joselito, riéndose de la ignorancia de Juancho—. Cuando veas el mar te darás cuenta de que no hay nada igual, nada tan grande, tan bravo, tan costeño... Ja, ja, ja. ¡Qué vaina con los que no han probado el agua salá! ¡Cachaco tenías que ser!

55

Juancho pensó que Joselito los estaba insultando al decirles cachacos. Pero él les explicó que así se les dice en la Costa a los que vienen del interior.

—Es con cariño, chico. Tú, por ejemplo, eres un cachaquito.



Capítulo 7

La barca de Nacho

En verdad la única agua salada que Juancho había probado eran sus lágrimas, y eso que no le gustaba llorar para que no lo creyeran flojo, pero cuando se metió hasta la cintura en el mar inquieto de Tolú, entendió el porqué de la burla de Joselito: Una ola le estalló en la cara, dejándolo probar el sabor del mar.

—¡Mamá, el mar es salado! Mamá, venga y lo prueba.

Después de conocer el mar, Juancho no quería perderlo, así que se las ingenió para demorar la partida hacia Valledupar. Esa

noche se quejó de dolores de estómago. Virginia asustada pasó la noche despierta cuidándolo con agüitas de anís y de canela.

Se habían hospedado en la casa de un pescador llamado Ignacio, un viejo bueno y generoso, conocido de la abuela de Jose-lito, al que todos le decían Viejo Nacho. Él fue quien dio la fórmula para aliviar a Juancho:

—Este pelao tomó agua salá y pa' que esa vaina se le pase lo mejó es que salga conmigo al mar.

Juancho, que había simulado esos dolores con el único propósito de no irse de esa casa en la playa, escuchó la solución del Viejo Nacho como un premio y así se quedó profundamente dormido convencido de haber logrado su propósito. Antes del amanecer a las 4 de la mañana, el Viejo Nacho lo bajó del chinchorro donde dormía.

—Ajá pelao, te tocó madrugá conmigo. Juancho no lo dudó: medio dormido, en la oscuridad del cuarto se puso una camiseta rota y sus pantaloncitos de dril y salió ojoso y despeinado a la playa.

A esa hora, el mar se escucha con más fuerza que de día, tal vez porque es el único sonido que compite con los gallos de pelea que en cada patio demuestran su casta a

punta de quiquiriqués. El viento del amanecer es frío y las olas parecen empujadas a la playa con una fuerza especial. Una luna llena, redonda, iluminaba perfectamente la canoa del Viejo Nacho y brillaba sobre el agua formando un camino hacia el horizonte por encima del agua.

Al ayudar al viejo pescador a empujar la canoa hacia el agua, Juancho se quedó colgado sin alcanzar a meterse dentro de la lancha, porque el mar se volvió profundo de repente. El Viejo Nacho lo agarró de un brazo y de un jalón lo metió en la barquita todo empapado. Pero Juancho no pudo quedarse callado, le puso conversación pidiendo explicación de cada cosa que hacía el Viejo Nacho.

Como a la media hora Juancho se sintió mareado, terriblemente mareado. El Viejo Nacho se burló de él, pero cuando el pobre cachaquito empezó a vomitar, verde como una lechuga, lo consoló y le explicó que ese era el recibimiento que el mar le hacía a sus visitantes.

—Hay que hacerse amigo del mar, Juancho —le dijo el Viejo Nacho, con cariño—. Cuando yo era pelao como tú, me pasó muchas veces, entonces decidí aprendé a nadá y pescar mis propios pescados. Ahí

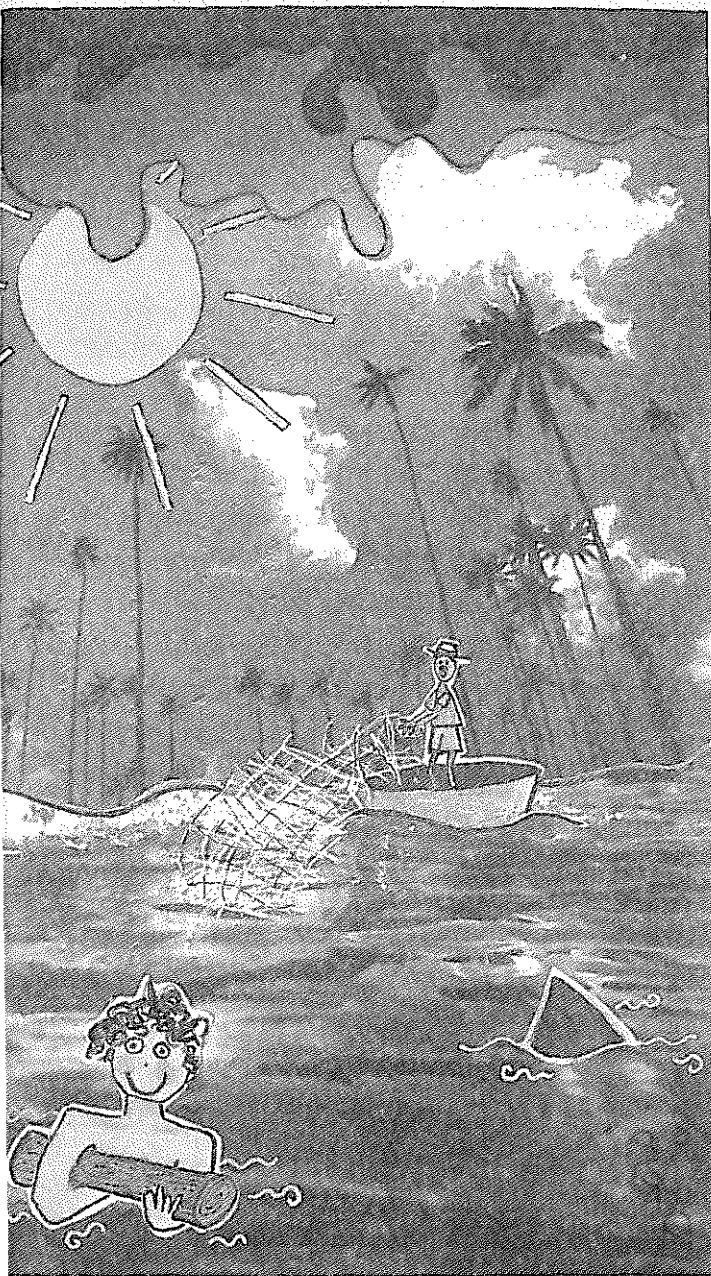
me hice amigo del mar. Desde ese día no me da esa maluquera que tú tiene.

El sol se fue apareciendo desde la playa. De pronto Juancho descubrió lo lejos que estaban de tierra firme. Tuvo un poco de miedo porque él no sabía nadar. Para vencer el miedo le pidió al pescador que le enseñara a nadar y a pescar.

—Trato hecho, pelao. Yo te enseño y tú me acompañas a pescar pa' que arregles la carná y me ayudes a cargar la red.

Desde ese día Juancho se convirtió en el mejor ayudante del Viejo Nacho. Salieron todos los días a pescar. El Viejo Nacho le enseñó a nadar, amarrándolo a unos troncos grandotes que flotaban a cada lado del pequeño cuerpo de Juancho.

Estaban en una de las lecciones de natación, con Juancho amarrado a los troncos y con un cabo largo amarrado a la quilla de la barca de Nacho, cuando el viejo pescador vio venir hacia Juancho la aleta de un tiburón. Sintió que un frío de miedo le recorría la espalda. Si trataba de acercar a Juancho jalando el cabo, llamaría más la atención del tiburón, y si le avisaba a Juancho, este iba a empezar a moverse con desespero, convirtiéndose en la carnada



perfecta para el escualo que es un poco cegatón.

Sin pensarlo, el Viejo Nacho cogió un arpón grandote que llevaba en la barca y se lanzó al mar. Tenía que llegar primero que el tiburón hasta Juancho para tratar de espantarlo con el chuzo del arpón.

62 Cuando Juancho vio que Nacho se lanzó al mar, pensó que venía a nadar con él, así que empezó a manotear con alegría, lo que atrajo inmediatamente la atención del tiburón. El Viejo Nacho desesperado nadó con todas sus fuerzas hacia Juancho, llegando justo en el momento en que el animal se acercaba con su boca abierta hacia las piernitas del niño. El Viejo Nacho se hundió y con el arpón hirió al tiburón haciéndolo enfurecer. Luego empujó con fuerza a Juancho hacia la barca y le ordenó que se subiera rápido. Esperó de nuevo el ataque del animalejo con el valor que da el miedo y, con un forcejeo espantoso, le clavó el arpón en un ojo mientras el tiburón se le llevaba un dedo en su mandíbula.

Juancho logró acercar la barca hasta donde Nacho, lo ayudó a subir y le amarró un trapo en la mano herida. Al atardecer, después de un fatigoso regreso remando, el Viejo Nacho con una sola mano y Juancho

con sus dos manitas inexpertas, llegaron a la playa y luego al hospital para que curaran la mano del viejo pescador.

Desde ese día Virginia le prohibió a Juancho acompañar al Viejo Nacho al mar. Sin embargo el viejo y el niño siguieron siendo amigos; Juancho le ayudaba a recoger las redes y a limpiar el pescado cuando regresaba al atardecer, pues al Viejo Nacho le costaba manejar su mano sin el dedo que le quitó el tiburón.

Joselito, su otro amigo, había partido a los pocos días de estar en Tolú. Cuando se dio cuenta de que Juancho no tenía ninguna enfermedad, le había dicho al pequeño:

—Tú te has enamorado del mar y eso es muy peligroso para mí. Yo lo que quiero es ganar billete en Valledupar pa' irme a la capital. Pero si me quedo con ustedes, voy a acabar de pescador y eso no es pa' mí.

Virginia quería irse también, pero no tenía corazón para apartar a Juancho del mar. Así que hicieron un trato; en unos días se irían a alcanzar a Joselito. Sin embargo los días pasaron y Juancho siempre convencía a su mamá de quedarse un poco más. Así que Virginia decidió salir a vender pescados al mercado del pueblo y con esto empezó a recoger unos ahorritos para el viaje.



Capítulo 8

Juancho aprende a jugar fútbol

Pasaron varias semanas y Juancho se hizo amigo de los muchachos de Tolú que jugaban fútbol en la playa. Aprendió muy pronto a jugar de delantero pues tenía mucha habilidad para avanzar con el balón pegado a los pies hasta la portería y allí patear con toda el alma, metiendo unos goles fabulosos.

Los domingos en la tienda de don Jacinto veía los partidos de fútbol por televisión. Juancho escogió al Junior como su equipo favorito y al Pibe Valderrama como su héroe.

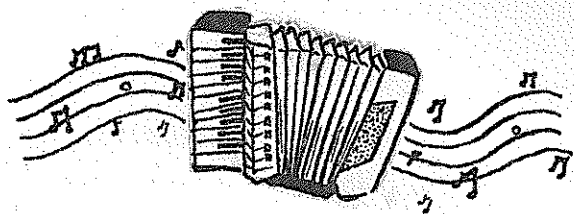
—Quiero ser como el Pibe —le confesó a su mamá un día que ella se quejó de no tener plata—. Cuando yo juegue en el Junior, va a tener con qué comprar la ropa que usted quiera, mamá.

66 Virginia le contó entonces que el Pibe era de otra ciudad, llamada Santa Marta, que quedaba cerca de Valledupar y que si viajaban allá podrían buscar a su papá, a Joselito y al Pibe. Con ese incentivo Juancho aceptó por fin irse a Santa Marta, pero antes se despidió del Viejo Nacho y jugó su último partido con el Atlético Tolú. Ese día marcó un golazo celebrado por todos, pues les dio la victoria frente al Juniorcito. Juancho se arrodilló como había visto que hacían los jugadores profesionales y le dio gracias a su papá por ayudarle con semejante gol. Sus amigos le regalaron una hamaca de recuerdo y ese día se montaron en el bus intermunicipal rumbo a Santa Marta.

En el viaje, Virginia le confesó a Juancho que su plan era ir primero a Valledupar a buscar a Joselito. Como en muchas partes del camino se veía el mar, Juancho aceptó, pensando que si el mar estaba cerquita, Valledupar no debía ser tan malo. Así que

en Barranquilla cambiaron de rumbo y al atardecer llegaron al corazón de la música Vallenata, el Valle de Upar.





Capítulo 9

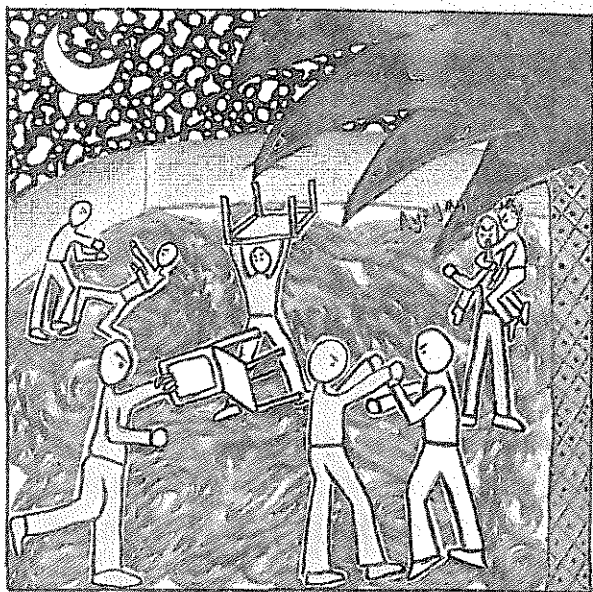
El corazón del vallenato

Estuvieron algunos días como perdidos por la ciudad. Era la primera vez que llegaban solos a un sitio, sin conocer a nadie. Pronto Valledupar empezó a llenarse de gente y Virginia consiguió trabajo en una tienda cerca de la plaza. En esos días se iba a realizar el Festival de Música Vallenata. Todo el mundo andaba entusiasmado con el evento, se oían acordeones en cada esquina y la gente apostaba botellas de *whisky* por el triunfo de tal o cual conjunto musical. La noche de la inauguración del Festival, Valledupar se llenó de cachacos,

de músicos y de licor: no en balde el Valleenato se ha convertido en el símbolo nacional y ha conquistado con Carlos Vives las fronteras de otros países.

Juancho ayudaba a servir a un señor que había improvisado una venta de comida al lado de la Plaza donde se realizaba el Festival. Así que se paseó de mesa en mesa, con una bandeja y un trapito atendiendo al público. Esa noche ganó buenas propinas, pero la mejor de todas fue encontrarse a Joselito en una mesa llena de muchachos todos alegres por el trago. Joselito lo abrazó con emoción y desde esa noche no se separaron más.

Joselito y sus amigos habían bebido mucho, así que a la medianoche se enredaron en una pelea. En medio de la discusión sobre cuál había sido el mejor acordeón de la noche, empezaron a repartir puñetazos. Primero los de una mesa contra otra y luego la lucha se generalizó todos contra todos. Joselito enfrentó a varios con valor, hasta que tres tipos lo cogieron por su cuenta a darle duro. Juancho, desesperado, no sabía qué hacer, daba vueltas alrededor de los tipos suplicando que soltaran a su amigo, pero nadie le prestaba atención en medio de la furrusca. No le quedó más remedio



que montársele al más grandote en la espalda y agarrarlo a mordiscos.

—Ayayayyyy, quítenme este mocoso de encima —gritaba el tipo.

Juancho se le pegó como una garrapata y no lo dejó hasta que vio a Joselito librarse de los otros dos. Entonces saltó de la espalda y corrió con Joselito huyendo de la pelotera.

El día que terminó el festival, Juancho se las ingenió para armar un juego de fútbol con todos los muchachos que habían trabajado de meseros. Entre mesas y asientos se jugó uno de sus mejores partidos para

demostrarle a Joselito sus habilidades. Virginia aprovechó para preguntarle a todo el mundo por el costeño, pero por supuesto nadie sabía de él.

72 Joselito estaba trabajando en una hacienda algodonera y para allá se los llevó también a trabajar. Virginia decidió servir de tesorera para los tres, pues Joselito era muy manirroto con la platica: todo lo que conseguía se lo gastaba en parranda. A regañadientes aceptó entregarle parte de su pago a Virginia para que le ayudara a ahorrar. Eso sí, se guardaba una parte entre una media para escaparse a Valledupar o a Santa Marta los sábados por la noche. Juancho decidió seguir el ejemplo de Joselito. Empezó a guardar algo de su platica entre el zapato, pues soñaba con escaparse detrás de Joselito uno de esos días.

Un cierto sábado Joselito se estaba preparando para salir y Juancho le pidió que lo llevara.

—¿Cómo se te ocurre, pelao? ¡Tú está loco, hombeee! Si yo voy a ver jugar al Junior al estadio y eso no e' pa pelao, ni pa cachacos.

Juancho le rogó, le suplicó, pero no logró convecer a Joselito. Así que sin que nadie se diera cuenta se fue detrás de Joselito y sus amigos, escondido en la parte de atrás

del bus. Toda la noche Joselito y sus amigos se la pasaron de rumba en un bar, sin notar la presencia de Juancho, que los había seguido hasta allí.

Al amanecer Juancho se quedó dormido a la entrada del bar y no se dio cuenta de la partida de Joselito y sus amigos. Al despertar y darse cuenta de que no había forma de encontrarlos, se puso a preguntar por el estadio Metropolitano. Como parecía que toda la ciudad fuera a ir al estadio, fue muy fácil encontrarlo, pero no fue nada fácil entrar a ver el partido. Había que tener boleta y esta costaba más plata de la que Juancho tenía.

Todo el primer tiempo se la pasó dando vueltas alrededor del estadio para estudiar la posibilidad de colarse sin pagar. La situación era desesperante, oía al público gritar: ¡Pibe, Pibe, Pibe! Y a cada grito, más rabia le daba no poder entrar.

En el segundo tiempo abrieron de nuevo las puertas. Un guarda se descuidó cuando se oyó el grito de todo el estadio por un gol de Junior. Juancho no lo pensó más y con toda la fuerza que tenía se lanzó por encima del control de la puerta y corrió por todas las graderías en medio del público que todavía celebraba feliz el gol.

El estadio Metropolitano le pareció más maravilloso que todo lo que había visto hasta la fecha. Una marea de gente hacía sus movimientos como las olas de su mar de Tolú; sólo que el colorido era azul y rojo, los colores del Junior.

Desde ese día Juancho decidió no regresar al algodón. Volvió a Valledupar y le suplicó a Virginia que lo dejara buscar trabajo en Barranquilla, al lado del Junior.



Capítulo 10

Juancho encuentra al Junior

Virginia y Joselito decidieron trasladarse a Barranquilla para darle gusto al cachaquito. Virginia empezó a trabajar en la calle vendiendo artículos de contrabando, que logró comprar con los ahorros de todos. Joselito se colocó en un bar atendiendo las mesas; decía que si había aprendido a tomar, podía también atender a los borrachitos. Juancho por su parte se dedicó a seguir al Junior a todas partes como un perrito faldero, pidiendo autógrafos y cuando podía y se lo permitían, cargaba los maletines de los jugadores. Poco a poco lo

fueron conociendo como el paisita que andaba molestando a toda hora.

Una mañana, Juancho madrugó a ver salir al Junior para el ensayo. Los jugadores se iban montando uno por uno al bus que los transportaba al sitio de prácticas. Había muchos maletines, balones, en fin una gran confusión en la acera. Como estaban retrasados, el entrenador los acosó para que se apuraran. Algunos le hacían una mueca de saludo a Juancho y otros le pedían que les cargara algo. Cuando el bus partió, Juancho vio que se les había quedado un gran maletín. Corrió detrás del bus para entregárselo pero por supuesto no los alcanzó. Entonces decidió seguirlos para devolver el maletín. Buscó en sus bolsillos y vio que solo tenía para el viaje de ida. "Qué importa", pensó, "después me vengo caminando".

Cuando llegó hasta el club donde el equipo estaba reunido, no lo dejaron entrar. Nadie podía entrar sin autorización. Juancho, que no se daba por vencido, hizo como si se fuera, pero en cambio buscó por dónde colarse. Tenía que trepar una pared de más de dos metros, así que se amarró el pesado maletín a la espalda y empezó a trepar por un árbol cercano a la tapia con la idea de pasarse por la rama que daba al muro.



Tuvo éxito pues
logró encaramarse al árbol.

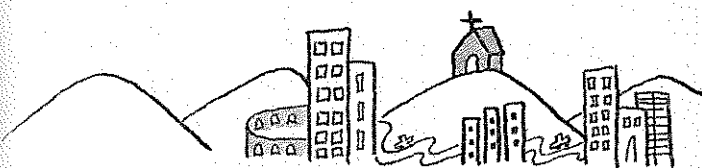
Entonces empezó a descolgarse por la rama hasta quedar encima del muro y, cuando estaba listo a saltar de la rama al muro, la rama crujió desgajada y Juancho se vino abajo, rebotando en el filo del muro y cayendo estrepitosamente sobre un techito de tejas debajo del que estaban sentados algunos jugadores.

La bullaranga fue grande por las tejas quebradas del techo y por el susto de los jugadores que sintieron como si se les viniera el mundo encima, pero qué va, era sólo un niño con un maletín grandote amarrado en la espalda. El pobre Juancho cayó de cabeza y perdió el conocimiento. Esto bastó para acabar con el entrenamiento. Los jugadores lo reanimaron con agua y después el médico del equipo lo revisó.

Cuando el susto pasó y Juancho, con un gran chichón en la cabeza, pudo explicar qué había pasado, se convirtió de villano en héroe. El Pibe había dejado su maletín con sus prendas personales y su billetera y Juancho había hecho todo esto por devolverlo.

—Hombre, qué pelao tan honesto, yo pensé que me habían robado el maletín y tú te encargaste de devolvérmelo, con chichón y todo —reconoció el Pibe emocionado, chocando las manos de Juancho en señal de agradecimiento.

Desde ese día Juancho se convirtió en la mascota del equipo. Detrás de los jugadores iba siempre el niño cargado de balones, maletines y bolsas de agua. Pero cuando el Junior salía de Barranquilla, Juancho se quedaba oyendo los partidos por radio, en la piecita que habían alquilado para vivir.



Capítulo 11

Bogotá y más fútbol

AWA

Este año el Junior quedó de finalista del campeonato y debía ir a jugar la final a Bogotá. Juancho le pidió al director técnico que lo llevaran como aguatero, pero este con voz compasiva dijo:

—Cachaquito, eso no es posible. Otro día tal vez...

Esa noche Juancho regresó cabizbajo a la piecita. Virginia lo notó silencioso y le preguntó qué le pasaba, pero Juancho estaba tan triste que no quería hablar. Antes de dejar ver que se le escapaba una lágrima, salió corriendo a la calle. Recorrió silencioso

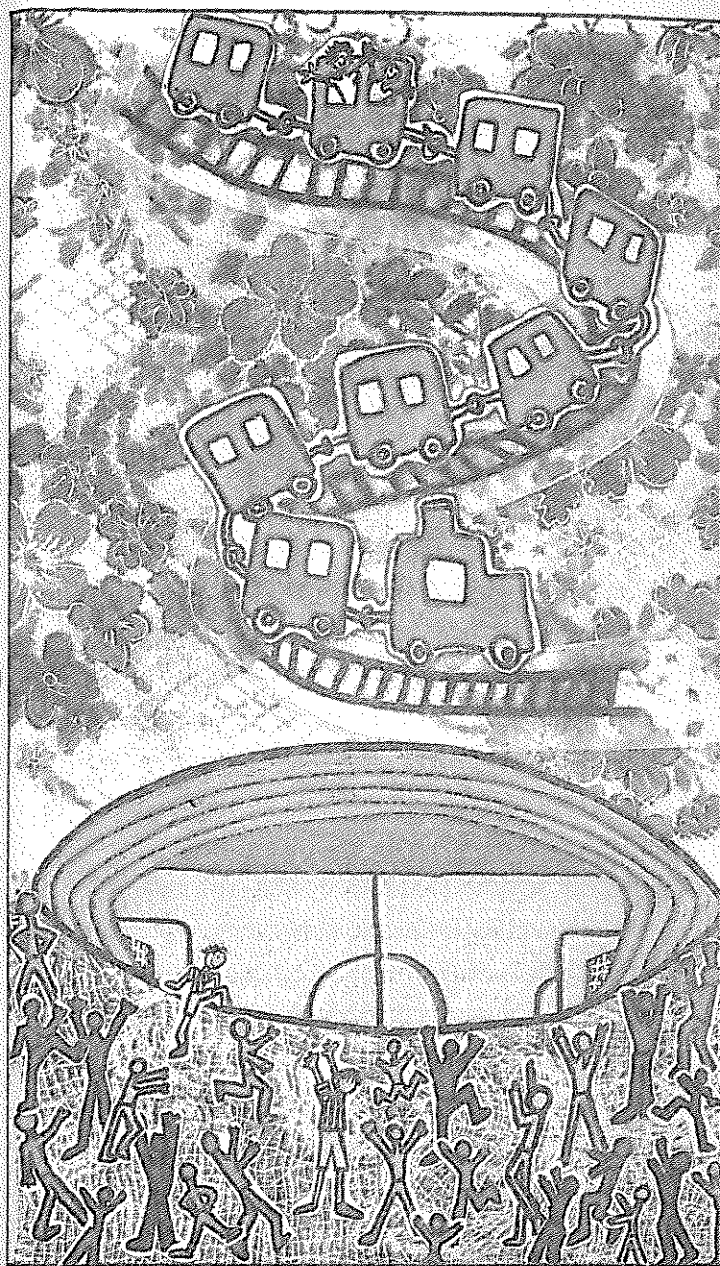
muchas cuadras, pateando con fuerza las piedras y las tapas de gaseosa que se encontraba en el camino.

Muy tarde esa noche volvió a la pieza. Cuando llegó, Joselito se sentó con él en el andén y Juancho se desahogó contándole que no lo habían dejado viajar con su amado equipo.

Joselito, de repente, le propuso una idea. Se irían en tren, esa misma noche. Como el juego era el Domingo, tenían dos días para llegar a Bogotá. Joselito conocía unos vaqueros que iban a acompañar un embarque de ganado hasta el puerto de la Dorada en el tren de carga que salía de Santa Marta. Desde allí tomarían un bus a Bogotá. Los vaqueros los dejarían viajar gratis con las vacas.

Con la poca plata que tenían se fueron a Santa Marta, tomaron el tren al amanecer y emprendieron un largo y caluroso viaje, primero por las sabanas costañas y, luego, adentrándose por las tierras del río Magdalena en medio de una vegetación impresionante y un calor pegajoso como nunca habían sentido.

El tren andaba muy lento, deteniéndose con frecuencia, sin explicación. Simplemente las ruedas chillaban y el bamboleo



iba disminuyendo, hasta parar. La gente se bajaba impaciente a esperar al lado de la carrilera, soportando mosquitos, calor y el bramido de sed de las vacas encerradas en los coches traseros. Todos se quejaban, sin embargo Joselito y Juancho disfrutaron el viaje, colgados del último vagón de ganado, mirando cómo la carrilera se perdía en la lejanía y haciendo planes sobre las cosas que harían en la capital.

Llegaron a la Dorada el sábado en la noche. Sin importar el cansancio, se montaron en el primer bus que salía para Bogotá. El destartado vehículo se fue recogiendo pasajeros en cada curva del camino hasta quedar repleto, con gente colgada de la puerta y parada en el pasillo. Viajaron de pie el resto de la noche por una carretera que cada kilómetro se hacía más pendiente, más oscura y más fría, en medio de una neblina opaca que para superarla se requería que el ayudante del conductor se fuera caminando adelante del bus para alumbrar las rayas blancas del límite de la vía.

Ninguno de los dos se había imaginado el clima que los esperaba en Bogotá. Al amanecer la neblina se pegaba de la ropa humedeciéndola, pero ellos traían tan poca

ropa que recibían el frío directamente en sus cuerpos.

Juancho andaba con unos zapatos viejos, sin medias y una camisa de franela y Joselito usaba sandalias, un poncho blanco de vaquero y pantalones de dril. Pero los deseos de ver al Junior eran mayores que el frío, así que desde muy temprano llegaron al estadio El Campín y de allí no se movieron hasta la hora del partido.

Los revendedores ofrecían boletas pero a precios imposibles para ellos. Entonces se fueron a buscar la entrada de los jugadores y allí en medio de la muchedumbre de hinchas se abrieron paso a codazos hasta la misma puerta.

Los hinchas bogotanos gritaban consignas contra el Junior y un grupo de costeños les contestaba en medio de un clima de enfrentamiento que pronto llamó la atención de la policía. Cuando los ánimos estaban bien caldeados y los fanáticos estaban a punto de darse trompadas, la tropa intervino para abrir paso a los equipos que ya llegaban. Juancho se aferró a la reja, pero a Joselito, que ya había cazado pelea con un cachaco, lo agarraron los policías y se lo llevaron lejos. Juancho, agarrado con fuerza para no dejarse quitar del lado de la puerta,

empezó a llamar a Joselito a los gritos y en ese momento el Pibe, que entraba, lo alcanzó a ver, lo agarró del brazo y, como pudo en medio de la multitud, lo arrastró hacía adentro con ellos a los camerinos. El equipo lo recibió con alegría, convencido de que Juancho era como una mascota que les traía buena suerte.

En medio de la felicidad de estar allí, dos cosas molestaban al niño: la tristeza por haber dejado a su amigo allá afuera y un dolor agudo en el pecho que no lo dejaba respirar bien. Así que Juancho vio la final del campeonato, en la banca del Junior. En el intermedio, uno de los asistentes del equipo notó que Juancho temblaba de frío, entonces lo envolvió en una toalla y le dio café caliente. Juancho se reanimó un poco y se sintió con fuerzas para salir a buscar a Joselito. Desde la puerta de ingreso de los jugadores lo alcanzó a ver y lo llamó. A través de la reja, que ya estaba cerrada, Juancho le dio todo su dinero para que comprara una entrada revendida que a esa hora ya las vendían por mitad de precio. Joselito logró entrar a las graderías pero acordaron verse al final del partido.

Junior ganó y la fiesta fue grande en el camerino. Todos le agradecían a Juancho

la buena suerte que les había traído. Cuando el técnico lo abrazó feliz por el triunfo, notó que el muchacho estaba ardiendo de fiebre. Lo llevó a la enfermería y el médico le diagnosticó pulmonía aguda.

El equipo se hizo cargo de cuidarlo, lo enviaron a la clínica con Joselito y cuando estuvo bien les pagaron el viaje de regreso en avión. Allí se acabó de aliviar Juancho, montado en ese avión desde donde todo se veía chiquitico. En el aeropuerto de Barranquilla estaba Virginia. Lo abrazó con alegría por verlo sano y salvo, perdonándole una vez más sus escapadas.



Capítulo 12

El Paisa López, una promesa nacional

El director técnico del Junior le ofreció que ingresara a jugar en la división menor del equipo para prepararse como jugador profesional. Juancho no lo dudó un segundo; era la oportunidad para ser grande como el Pibe.

—Se lo dije, mamá, voy a ser famoso, eso es porque mi papá no me desampara.

—Ay, mijo, qué bueno, pero no es por su papá que nunca cumplió su promesa de regresar, sino por su esfuerzo.

Desde ese día Juancho se vinculó al equipo como una futura promesa del fútbol. Le

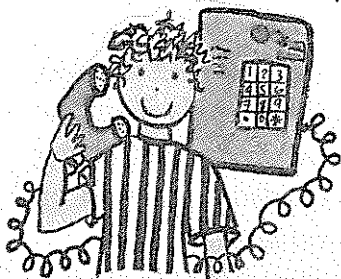
pagaban una beca para que estudiara en la escuela y para que jugara todos los días por las tardes entrenando con mucha intensidad.

Juancho, que hubiera hecho esto aun gratis, se sentía el ser más feliz de la tierra. Puso toda su voluntad y habilidad en los entrenamientos. Fueron meses de duro trabajo, pero Juancho respondió con altura. Cada día era mayor su habilidad con el balón y por esto se ganó el puesto delantero en la segunda división del Junior.

Pasaron dos años de intenso esfuerzo deportivo, cuando llegó la gran oportunidad de la vida de Juancho: Lo escogieron para hacer parte de la selección juvenil para representar a Colombia a nivel internacional.

Después de la emoción de esta noticia, en pocas horas tuvo que empacar y despedirse de su mamá y de Joselito. Iba a estar viajando casi un año

y seguramente no se verían mucho. Virginia, sintió un gran orgullo de verlo partir hecho casi un hombre pero siendo en el



fondo el mismo niño travieso de siempre. Sin embargo, su corazón se desgarró de pena por la separación. Al fin y al cabo, habían sido todo el uno para el otro, y sin su Juancho no sabía qué hacer con el tiempo que le sobrara y que antes dedicaba a escucharle sus historias.

Desde el lugar de la concentración en Medellín, donde Juancho ya era conocido como el paisa López, llamaba a su mamá todos los días para contarle todo; qué comía, cómo entrenaban, quiénes eran sus amigos, pero sobre todo cuál sería la alineación del primer encuentro. Él estaba todavía de suplente y, aunque no lo confesara, confiaba en que a última hora lo dejarían jugar de titular.

El día anterior al primer partido, Juancho llamó a su mamá; le contestó Joselito.

—¿Y mi mamá?

—No está cachaquito... —después Joselito se quedó callado.

—Oíste, costeño, ¿qué pasa?

—Nada hombre, nada, buena suerte. Todos vamos a ve el partido por la tele.

Juancho colgó preocupado. Ni un solo día había dejado de hablar con Virginia, siempre a la misma hora. ¿Qué le pasaría? Cuando iba a marcar de nuevo para exigirle

a Joselito que le explicara dónde estaba su mamá, el entrenador lo llamó a trabajar.

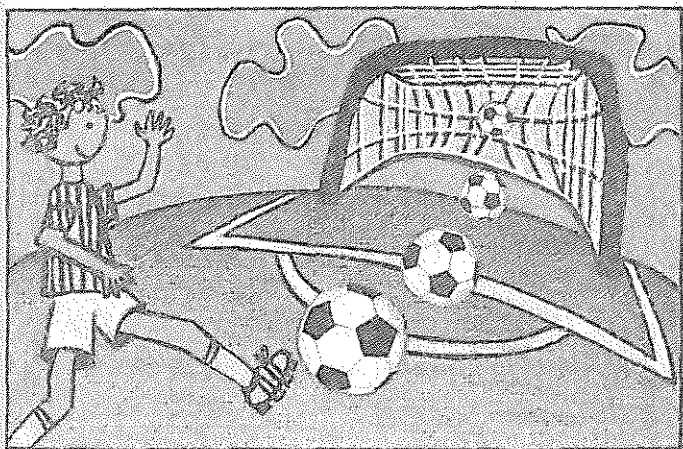
—Vamos, paisita, qué hubo pues que no entrena, si mañana es el partido definitivo.

Y así, sin saber de Virginia, llegó el día final. Un evento esperado con impaciencia en el que se jugaba el prestigio del equipo y el futuro de Juancho. En el segundo tiempo, Colombia iba perdiendo uno a cero. En la banca había desánimo, pues el rival era muy bueno. El entrenador estaba desesperado, gritaba, daba órdenes, maldecía por los pases equivocados, regañaba a los de la banca. Todo parecía perdido. Juancho en su rincón se comía las uñas, murmurando “Papacito ayúdame”, convencido de que si lo dejaban jugar iba a salvar el partido.

De repente, el entrenador dijo:

—Carajo, aquí lo que tengo que hacer es arriesgar. Paisa —le grito a Juancho—, ¡a calentar!

Esta orden fue como un choque de electricidad que colocó a Juancho en una especie de trance. Nada parecía existir para él en ese momento distinto a la pelota y el campo. Pocos minutos después estaba en medio del terreno, corriendo como en sus viejos tiempos de Tolú. La pelota pegada al tobillo y la velocidad endiablada del que



ha entrenado en arena. Dribló, dobló la cintura, hizo un túnel y, en medio de la enloquecida felicidad del público, colocó un taponazo directo al arco, que le pasó por entre las manos al portero contrario.

—Gol, goooooool, goooooooooollllllllazzzzzzzo, de Colombia, gol del Paisa López.

Después de esta hazaña el equipo recuperó la confianza; volvió a jugar con la calma necesaria para lograr la victoria. Pero el gran héroe de esta tarde frente a todo el país fue un jovencito llamado Juan José López. La televisión lo entrevistó, le tomaron fotos para las primeras páginas de los periódicos y sus compañeros lo abrazaron agradecidos. Había llegado el momento de

la consagración para Juancho, ahora el Paísa López.

Lo primero que hizo después del partido fue llamar a Barranquilla.

—Joselito, ¿te viste el juego?

—Hombre Paísa, claro. Eso no se lo perdió nadie aquí en la cuadra.

92 —¿Y mi mamá?

—Ella también lo vio —respondió Joselito seco, pero no dijo nada más.

—Pásamela, pues.

—No está.

—Cómo que no está, ¿entonces dónde lo vio?

—En el hospital, cachaquito, ella está muy mal.

Joselito le contó que Virginia se había empezado a sentir enferma desde hacía más de seis meses. Los médicos le habían pronosticado cáncer, pero ella, por no preocuparlo, le había prohibido a Joselito que le contara a Juancho. La alegría se convirtió en tristeza. Juancho colgó el teléfono y lloró en un rincón para que nadie lo viera. Inmediatamente pidió permiso para ir a Barranquilla, pero el entrenador se lo negó.

—Está loco, hombre. ¿Cómo se le ocurre? Si ahora es que tenemos que trabajar más. A tu mamá la verás después. No te

vaya a dar mamitis precisamente en este momento.

—Pero es que ella está enferma.

—Claro, claro, y vos y yo somos futbolistas, no médicos. Lo que tenés que hacer es ponerte a entrenar.

Al día siguiente Juancho era un personaje para todos los medios de comunicación. Siguieron entrevistándolo, contaron su vida de camionero, de pescador, le tomaron fotos. Pero él no estaba tranquilo, no podía gozarse su fama. Y esa noche decidió escaparse de la concentración y tomar el primer avión a Barranquilla.



Capítulo 13

Juancho encuentra a su papá

Al otro día entró corriendo al pequeño cuarto de alquiler que tenía en Barranquilla, llamando a su mamá:

—Virginia, Virginia, ya llegué.

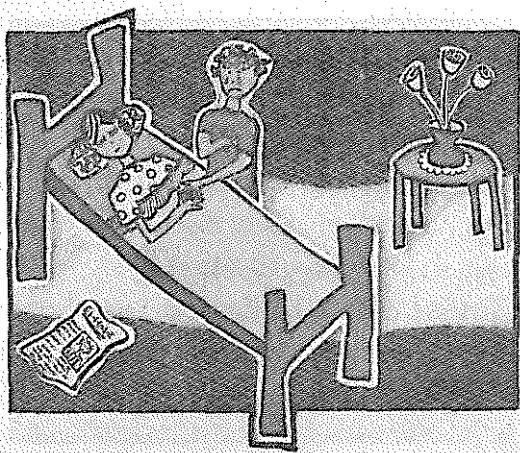
Pero su mamá estaba en ese momento muriéndose en el hospital. Hacía unos meses le habían diagnosticado que su enfermedad era mortal, pero ella se había callado por no intranquilizar a Joselito, ni dañarle a Juancho su preparación.

Para colmo de males, cuando el entrenador se enteró de la escapada de Juancho, decidió expulsarlo del equipo, pues

consideró que era una falta grave de disciplina. El muchacho no había dejado ninguna razón y simplemente creyeron que se trataba de una travesura de adolescente.

Mientras esto sucedía, Juancho acompañaba a su mamá en sus últimas horas de vida. Le tenía la mano cogida y escondía su cara en las sábanas humildes del hospital de caridad, para rezar la eterna plegaria que había aprendido de niño: "Papacito, ayúdeme...".

Pasaron tres días amargos sin que Juancho se apartara un minuto del lado de su madre. Joselito lo acompañaba y para distraerlo le leía el periódico. Ese día las páginas deportivas hablaban del Paisa López y del error que había cometido al abandonar los entrenamientos. Juancho le leyó lo que el entrenador decía de él.



—Eso no puede ser, Juancho, ¡es el colmo! Si tú me dejas, yo llamo y les explico todo, tienen que entender —le propuso Joselito desesperado.

Pero Juancho no respondió. No le importaba nada, ni siquiera el fútbol, sólo pensaba en su mamá, en que Virginia se aliviaría y volverían a viajar juntos por todo el país.

Desgraciadamente, no fue así. Esa tarde Virginia murió y con ella parte de la vida de Juancho. Contra lo que todos pensaban, el muchacho no se derrumbó; reaccionó como un hombre. Organizó todos los trámites del hospital y con sus ahorros le pagó un digno aunque modesto entierro a su mamá.

De vuelta a la piecita, cuando Juancho guardaba las pocas pertenencias de Virginia en una caja para llevárselas con él, entró Joselito al cuarto con un gesto de asombro en la cara.

—Oye, cachaquito, un tipo allá afuera dice que es tu papá.

Juancho se quedó frío. Todos estos años pensando en su papá, imaginándolo como un Dios protector, y ahora aparecía así de repente. El hombre que estaba afuera, era un tipo alto, maduro, vestido informalmente,

pero con buena ropa y con acento costeño no muy marcado.

—Hola, Juan José, yo soy su papá —fue todo lo que dijo.

El muchacho, que estaba muy triste, lo abrazó con fuerza un rato largo. Cuando pasó la emoción del primer momento, el Costeño le contó que trabajaba de conductor de un político importante en Bogotá y que siempre había querido encontrarlos, pero que cuando volvió al Quindío a buscarlos nadie sabía de ellos. Creyendo que se habían perdido para siempre sin dejar ninguna pista, no dejó de sentirse culpable de haberlos dejado solos. Él también había andado por todas partes, pasando muchos trabajos y haciendo todo tipo de oficios para ganarse la vida, hasta que encontró apoyo en Bogotá. Ahora tenía un buen empleo, pero se sentía muy solo.

Cuando leyó la historia de Juancho en el periódico, quedó convencido de que ese futbolista era su hijo. Todo coincidía, el nombre de Virginia López, la edad de Juancho, el sitio de donde eran. Así que decidió buscarlos porque lo que más deseaba era tener una familia, reencontrarse con Virginia, pero había llegado en un momento terrible y, sobre todo, había llegado tarde.

Joselito se lo llevó aparte y le pidió al Costeño que hablara con el entrenador, para explicarle lo que había pasado, a ver si recibía de nuevo a Juancho. El costeño no lo dudó, le pidió a su patrón el político que le hablara al director técnico del equipo. Después, él mismo acompañó a Juancho a Medellín y logró convencer al directivo de darle otra oportunidad al muchacho. Al fin y al cabo, el Paisa López era el que había salvado al equipo y por él estaban todavía en el campeonato. Luego volvió a Barranquilla a recoger las cosas de Juancho y junto con Joselito lo acompañaron de nuevo a unirse al equipo.

En medio de la tristeza, Juancho se aferró al fútbol. Era lo único que le quedaba y en los entrenamientos ya no invocaba a su papá, sino a Virginia. “¡Madrecita, ayúdame!”, era ahora su plegaria, la recitaba con tanta devoción que sentía como si los ojos comprensivos de Virginia lo empujaran con balón y todo hacia la portería. Inclusive se colgó un pedacito de corte de la falda de su madre como una especie de escapulario que lo protegía incluso de los goles en el juego.

Unos meses después, Juancho fue el artífice del triunfo de la selección en un

vibrante partido jugado en el estadio Metropolitano de Barranquilla. Cuando Juancho metió el gol de la victoria, se arrodilló en medio del estadio ante 35 mil enloquecidos espectadores y lloró por primera vez en público. Lloró de tristeza y de felicidad. Pero, sobre todo, lloró porque por fin entendió que ser hombre es mucho más duro que aguantarse las ganas de llorar.

En la tribuna ese día otros dos hombres lloraron con Juancho: su padre, el Costeño, y Joselito, su amigo de toda la vida. En cambio en el cielo, Virginia sonrió feliz:

—Este es mi Juancho —les contó con orgullo a todos los ángeles.

